*Convivencia de Obispos de los Seminarios “Redemptoris Mater”*

1

*Domus Galilaeae, 25 abril – 2 mayo 2011*

**26 abril 2011**

**LAUDES: KERIGNIA DURANTE LA PENITENCIAL
*(Extracto – Traducido del italiano)***

**Kiko:**

— Lectura 1 Pedro 2, 1 - 10

Bien, hermanos, os tengo que decir una palabra breve, anunciaros el kerigma. Nosotros normalmente hacemos un kerigma en la penitencial. Kerigma es una palabra griega. Como sabéis, San Pablo ha dicho que Dios ha querido salvar al mundo a través de la necedad de la predicación. Si leemos esta carta de San Pablo en griego, él no usa la palabra predicación, sino que usa otra palabra: Dios ha querido salvar al mundo a través de la necedad del “**kerigma**”. Kerigma: una palabra técnica que en el Camino es muy amada. Dios quiere salvar al mundo a través de la necedad del kerigma. Cada vez que se proclama el kerigma viene a nosotros la salvación. ¡El kerigma! ¿Qué es el kerigma? Nosotros sabemos lo que significa: Buena Noticia. San Pedro dice: vosotros que habéis escuchado la Buena Noticia. Este kerigma es una noticia, no es un adoctrinamiento, ni siquiera una filosofía, ni tampoco una doctrina: es un hecho. ¡El kerigma anuncia un hecho! Es un hecho que cada vez que se proclama se realiza: si yo ahora proclamo el kerigma, la misma noticia que yo proclamo se realiza en nosotros.

Los hermanos del Camino Neocatecumenal durante los domingos de Pascua van por las calles a anunciar el kerigma, de dos en dos, por los parques, por las calles. El año pasado o hace dos años, haciendo esto durante el periodo de Pascua hemos salvado a 54 personas del suicidio. Dos chicos han ido a un parque, han visto a un hombre sentado en un banco, con la cabeza baja, se han acercado a él y le han dicho si le podían decir una palabra, una buena noticia y han empezado a anunciarle el amor al enemigo en Cristo: el kerigma. Parecía que no estaba escuchando, pero después de media hora que le anunciaban el amor de Dios en Cristo, y que le decían que El conocía todos sus problemas, que lo amaba mucho, que les había enviado a ellos para ayudarle..., bien, este hombre levanta la cabeza, mete la mano debajo del banco, saca una cuerda y dice: “Había venido aquí para ahorcarme” y les dio la cuerda. Se ha levantado y se ha ido. De igual forma otros muchos.

Dicen los Padres del desierto que de nuestro bautismo mana un agua mansa, calma, que dice: “Hoy conviértete” ¡Hoy! Hemos escuchado en el

*Convivencia de Obispos de los Seminarios “Redemptoris Mater” Domus Galilaeae, 25 abril – 2 mayo 2011*

2

salmo 94: “Si hoy escucháis su voz”. Hay un hoy. Es muy importante el hoy. Es importante la hora, de hecho en las bienaventuranzas Jesús dice: ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos! ¡Ay de vosotros los que ahora...! (Lc 6,25). También San Pablo dice: “Mirad ahora el momento favorable, mirad ahora el día de salvación” (2 Cor 6,2). Dice: ¡ahora! Ahora es la salvación, en la liturgia cada vez que se realiza, como en la Eucaristía, se hace presente el Señor.

¿Por qué cuando se anuncia el kerigma, éste se realiza? ¡Ay de nosotros si no anunciamos el Evangelio!. El Evangelio no son sermones, no son adoctrinamientos. Anunciar el Evangelio tiene un núcleo, un kerigma, un punto focal que es la noticia de la victoria de Cristo sobre la muerte, la Resurrección de Cristo. Cristo ha muerto por nuestros pecados, según las Escrituras, como está escrito en la primera carta a los Corintios, capítulo 15: “Porque os transmití en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras, etc”. ¿Por qué se realiza?

Esto lo tenemos que entender muy profundamente, lo tenemos que poner en relación a lo que dice la epístola a los Hebreos: Cristo crucificado es impronta de la sustancia divina, imagen de su gloria (Heb 1,3). ¡La sustancia divina! Es una palabra filosófica difícil. ¿Qué es la sustancia divina? ¿Qué es la sustancia? A Dios nadie le ha visto, en Cristo crucificado hemos visto su impronta. La impronta es como un sello: esta cruz es una impronta. Y ¿qué vemos en esta impronta? ¿Qué es lo que vemos? La imagen de su gloria, la irradiación de la gloria divina. ¿Qué es la gloria de Dios? ¿Cuál es la sustancia de Dios? ¿Podemos ver nosotros esta impronta en una figura de bronce? ¿Qué significa? Ella hace presente en una imagen la sustancia de Dios, su esencia más profunda: que nos ama. Nos ama de una manera curiosa, no porque seamos buenos, perfectos, ¡no! Nos ama así, como somos. No tenemos necesidad de ser buenos para ser amados por Dios, te ama así como eres; aunque seas un asesino, un pederasta, un malvado, él te ama. Te ama hasta el punto de dar la vida totalmente por ti malvado, por ti vengativo, por ti hipócrita, falso. No nos ha juzgado nunca. En Cristo crucificado aparece la justicia de Dios. ¡Dios nos ama con un amor tan grande! El amor lleva a la unión. Si amo a una mujer me quiero unir a ella, son dos en una sola carne, y esto es un sacramento del amor que Cristo tiene por mi alma. El amor que Cristo tiene por su Iglesia. ¡Qué gran misterio es éste: Cristo y la Iglesia!

La esencia divina es esta voluntad de ser uno conmigo, con mi espíritu. San Pablo dice una cosa muy profunda: ¿sabéis que quien se acuesta con una prostituta se hace una sola carne con ella? Mirad cómo

*Convivencia de Obispos de los Seminarios “Redemptoris Mater” Domus Galilaeae, 25 abril – 2 mayo 2011*

3

considera el acto sexual: aunque no estés casado, si vas con una prostituta, el hecho de hacer un acto, de ir a la cama con una mujer, ya sois una sola carne. “¿Tomaré yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de prostituta? ¡De ningún modo! (1 Cor 6,15) mas el que se une a Cristo en el espíritu, se hace un solo espíritu con Cristo”. Esto de hacerse un solo espíritu con Cristo es todo el secreto del cristianismo, de la Santa Trinidad. El Señor dice: “Padre, como tú estás en mí y yo, Hijo, en ti, que ellos también sean uno en nosotros, que sean perfectamente uno, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21-22).

Todo el misterio del cristianismo es que aparezca una comunidad donde sean perfectamente uno, para que viendo esta comunión de amor, tan perfecta, el mundo se quede impresionado, sobrecogido. Se convierte en la luz del mundo porque se hace presente el misterio de la Trinidad que son tres personas en un solo Dios. El Padre y el Hijo ¡uno! El Padre y el Hijo en el Espíritu Santo uno! Ésta es la sustancia divina. Mientras yo predico ¿dónde está Cristo? Cristo es el sacerdote eterno, ahora está delante del Padre y presenta sus llagas llenas de luz: ha sufrido por nosotros. ¿Y qué está haciendo? Está intercediendo por nosotros y está pidiendo al Padre el perdón de nuestros pecados.

¿Por qué pide el perdón de los pecados? Porque quiere descender, venir a nosotros, porque donde hay tinieblas, donde está el pecado no puede habitar el Señor. Pero si nosotros hoy damos nuestros pecados a Cristo, he aquí que la sangre de Cristo, que ha manado como agua mansa y ha irrigado la tierra por nuestros pecados, tiene el poder de limpiar nuestros pecados, de lavarnos e inmediatamente puede descender sobre nosotros el Espíritu Santo. ¡Esto de que desciende sobre nosotros el Espíritu Santo es profundísimo! ¿Por qué? Porque se realiza la esencia divina, que es ser *uno* en nosotros. “Mira -dice el Apocalipsis- que estoy a la puerta y llamo, si tú me abres tu corazón, mi Padre y yo descenderemos a ti, dentro de ti, moraremos en ti”. Entonces, Dios que nos ama tanto, mucho más de lo que siente un enamorado por su enamorada, muchísimo más, querría estar dentro de nosotros como el Padre está en el Hijo y en el Espíritu Santo: el Padre y el Hijo quisieran ser uno contigo con el Espíritu Santo.

Esto que estoy diciendo no es tan fácil. Es necesaria la conversión constante. ¡Creer! ¿Habéis creído en el Evangelio? ¿A la Buena Noticia? Como decía Karl Barth: anunciar el Evangelio significa dejarse juzgar por la cruz de Cristo. Tenemos que mirar a Cristo crucificado, a Cristo crucificado por nosotros. ¿Vives tú en esta verdad? ¿Tú te dejas crucificar? Si eres obispo ¿te dejas crucificar quizás por tus curas?, si estás casado, ¿por tu mujer, por los defectos de tu mujer, de tus hijos? ¿Nos dejamos

*Convivencia de Obispos de los Seminarios “Redemptoris Mater” Domus Galilaeae, 25 abril – 2 mayo 2011*

4

verdaderamente juzgar? ¿Se cumple en nosotros de verdad lo que Cristo ha dicho en el Sermón de la Montaña: si alguno te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda? ¿Si alguno quiere pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto? ¿Si alguno te roba lo que es tuyo no se lo reclames? ¿Lo que te gusta a ti, hazlo tú también a los otros! Si amáis a los que os aman, ¿qué hacéis de extraordinario? Esto lo hacen todos. Vosotros, amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian. Éste es el diseño del hombre celeste. ¡Éste es el diseño! Lo hemos proclamado a todos los hermanos del Camino y lo hemos proclamado como una profecía, como algo que el Espíritu Santo, a lo largo de un camino de iniciación cristiana, realiza dentro de nosotros. No sólo a nivel personal, sino a nivel comunitario, esto es lo que está esperando el mundo. No solamente el mundo, sino también la creación entera, como dice San Pablo, que gime con dolores de parto para que se manifiesten los hijos de Dios.

Todos están esperando este milagro: que aparezca el cuerpo de Cristo. La comunidad cristiana es el cuerpo de Cristo, unidad perfecta: un amor que se hace visible, se hace sacramento de salvación. Nuestras comunidades, después de 40 años, continúan todos, se quieren, esto suscita la envidia de los paganos. Como decía una señora alejada de la Iglesia: “Estoy admirada del modo en que os relacionáis, jamás he visto algo parecido”. Porque los paganos se relacionan siempre por algún interés: porque eres simpático, porque eres guapa..., siempre hay algún interés; pero nuestra relación es en el Espíritu Santo. Aquí no hay ningún interés y esto deja sorprendidos a los paganos.

Bien, hermanos, acabo diciendo que Dios hoy querría estar dentro de nosotros, pero para que Dios pueda entrar dentro de mí debo reconocer que quiero vivir así, quiero vivir crucificado, porque como dice San Pablo: “Nosotros llevamos siempre en nuestro cuerpo el morir de Cristo, para que se vea en mi cuerpo que Cristo está vivo”. Porque el verdadero punto hoy en la Iglesia es uno sólo: ¿en qué consiste ser cristiano? Concretamente, ¿en qué consiste? ¿En ir a Misa, en rezar? ¡Hay muchos musulmanes que rezan mucho! ¿En ser honestos en el trabajo? ¡Hay muchos ateos, marxistas que los son! ¿En no ir con prostitutas? ¡Hay muchos que no lo hacen! ¿En qué consiste el ser cristiano? ¡Aquí se juega todo! Cada época ha tenido su acentuación pastoral: las catedrales son una acentuación pastoral en una época concreta para la evangelización; también lo social es una obra concreta. Pero, en qué consiste hoy ¿en lo social? ¡No! En abrir el cielo, en la escatología. ¿Y cómo se abre el cielo? Aquí está el punto. Aquí se juega la nueva evangelización.

*Convivencia de Obispos de los Seminarios “Redemptoris Mater” Domus Galilaeae, 25 abril – 2 mayo 2011*

5

Convertíos y creed la Buena Noticia. Convertirse no significa apretar los puños: tengo que dejar de masturbarme... No, no es esto. Dice Cristo: “Convertíos y creed la Buena Noticia”, pero creer significa tener fe y la fe es un don que viene del cielo. Entonces si hoy el Señor me ha mandado hacer este ministerio de anunciaros el kerigma, quiere decir que hoy os quiere dar la fe, porque ninguno puede decir que Cristo es el Señor sin el Espíritu Santo, como dice San Pablo (cf 1 Cor 12,3). Y lo que te hace reconocer que este pobrecillo que ha sido crucificado es el Señor, es el hecho de que Dios lo ha resucitado y lo ha constituido Kyrios, SEÑOR de vivos y muertos que volverá a juzgar a los vivos y a los muertos. Pero para creer esto, para que cesen las guerras, para que cese el odio en el mundo es necesario que, en el nombre de Cristo Jesús, sea anunciada a todas las naciones la conversión, esta verdad, este amor.

¡Y vosotros sois rectores, presbíteros, obispos! ¡Qué fantástico sería si, gracias a este sacramento de la reconciliación, nosotros hoy diésemos a Cristo nuestros pecados!

Yo, que estoy lleno de soberbia, que no acepto ser humillado, que busco en todo mi comodidad, que soy un pecador, que soy un desastre... ¡Ten piedad de mí, Señor! ¡Señor, hijo de David, ten piedad de mí que soy un pecador! Ésta es la oración constante de los monjes de Oriente, “Kyrie, eleison”. ¡Señor, ten piedad de mí!